


Salud mental y suicidio en perspectiva filosófica

Presentación del dossier

Sandra Baquedano Jer *

Universidad de Chile, Chile

El mundo sufre una superposición de crisis a nivel social, ecológico, económico, político y, desde el año pasado, a nivel sanitario, producto de la pandemia por COVID 19. Varias situaciones difíciles convergen hoy en día, multiplicándose adversamente sus efectos: pobreza, violencia, marginalidad, depresión y abandono. Cuando se juntan estos eventos, que pueden tener consecuencias graves o letales, es posible que se generen reacciones negativas, de mayor tensión, violencia, temor y ansiedad. El estrés crónico y la desesperanza han comenzado a ganar un espacio desequilibrante en la vida de las personas, intensificándose muchas de las aflicciones propias de la existencia humana. En este contexto de vulnerabilidad diversas situaciones límite pueden desembocar en un suicidio, pero también puede darse un despertar existencial que no implique el abandono de la vida y donde diversos tópicos del pesimismo cobran más vigencia que nunca. Figurarse a un optimista simplemente como alguien que le gusta vivir y se maravilla de la belleza de la vida, y a un pesimista como una persona que constantemente se queja del mundo en el que está inmerso, puede ser una consideración válida, pero demasiado simplista. El amor a la vida, las ganas de vivir, no implica que esa vida sea necesariamente *buena*, solo implica que se la *quiera*. Al abordar la naturaleza esencial de ese *querer* en los principios fundacionales del pesimismo como corriente filosófica existen entre sus máximos representantes distintas posturas y visiones respecto al suicidio.

En la primera sección “El suicidio en las cosmovisiones pesimistas de la existencia”, Paolo Gajardo reflexiona sobre el suicidio ascético producto de la muerte por inanición voluntaria, precisando que si bien el suicidio es considerado una acción inútil en la filosofía de Schopenhauer –en la medida que solo afecta el nivel fenoménico de la persona, sin resultar negado mediante el acto el ser en sí (la voluntad) de quien lo comete–, existe esta forma excepcional de suicidio que estaría acorde a su abordaje respecto de la palingenesis y que sería consecuencia de un grado extremo de ascetismo. No ocurre lo mismo, según esta cosmovisión, con las restantes formas de suicidio que no han seguido la vía de la negación de la voluntad de vivir. Precisamente, en esta misma filosofía, Bianca de Petris se detiene en la locura, mostrando cómo el suicida afirmaría, tras el acto de acabar con su vida, su propia voluntad de vivir sin lograr zafarse en esencia de su verdadera agonía. Se enfatiza así el suicidio como un acto que evita aquel que posee una visión lúcida de la naturaleza sufriente del mundo y se lo contrasta, en este aspecto, con la postura de Cioran al respecto, para quien la lucidez acerca del sufrimiento y el absurdo de la existencia incita a una reflexión profunda sobre el suicidio.

No saber sobre la existencia de esta posibilidad, justamente, podría provocar que un dolor acabe por volverse insoportable. Estos pensadores pesimistas y otros como Mainländer, Michelstaedter y Caraco aproximan a Slaymen Bonilla a una forma de entender el desenlace suicida como un proceso que el autor califica de utópico en cuanto el individuo que se ve envuelto en esta ideación proyecta tras el acto una vía de liberación a los tormentos que implica la vida. Este apartado se cierra con una reflexión de Felipe Zúñiga centrada, principalmente, en torno a la consecuencia

*Contacto: sandrabaquedano@uchile.cl Es Doctora en Filosofía (Universität Leipzig 2007); Profesora Asociada del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile, donde investiga, ejerce la docencia y dirige el programa de Doctorado en Filosofía. Sus áreas principales de investigación son la Filosofía Ambiental, y fundamentalmente el pensamiento de algunos pensadores alemanes de los siglos XIX y XX. Entre sus libros principales se encuentran: Auditor ausente en Fondo de Cultura Económica 2017; Filosofía de la redención. Antología de Philipp Mainländer. (Estudio preliminar y traducción) en Fondo de Cultura Económica 2011; y Wille zur Phantasie. Versuch, das Nichts bei Schopenhauer auszuloten en Peter Lang/ Philosophie und Geschichte der Wissenschaften 2007. Es autora de una serie de artículos e investigadora de varios proyectos FONDECYT.

existente entre la creación intelectual de quien se suicida –con su respectiva narrativa biográfica– y la visión que se tiene acerca de la muerte voluntaria, buscando desarrollar un enfoque no-patologizante, sino más bien integrador, específicamente, respecto al desenlace fatal de sí tanto de Philipp Mainländer como Sylvia Plath.

La segunda sección de este número se centra en “Los contextos políticos del darse muerte a sí mismo” y se abre con un análisis a partir de las nociones de suicidio soberano, suicidio hetero-referido y no-personal, que hace Angela Boitano, acerca del marco social y circunstancial que hay detrás del acto suicida. Se ahonda en la instrumentalización del mismo para ejercer presión política y extremar una postura crítica frente a determinados conflictos que afectan a las sociedades complejas de hoy en día. En otras culturas y realidades geopolíticas el suicidio a lo bonzo ha sido una forma predominante de la protesta más extrema en dinámicas existentes entre pueblos sometidos y ciertos grupos excluidos. Sin embargo, Sergio Urzúa aborda la huelga de hambre como la forma más extendida de suicidio en las luchas entre refugiados, presos políticos y activistas del mundo ambiental o de minorías étnicas, donde se escenifica en toda su inmensidad la capacidad de autodirigir el daño que ocasionan los enemigos, contra el propio cuerpo. Esto mediante la proyección de llegar a causar la muerte personal cuando las demandas impulsadas en las protestas no logran ser consideradas en todo su alcance. Jorge Aillapán ahondando en este análisis, lleva esta forma de suicidio, antecedida por los correspondientes estados de vulnerabilidad que le conciernen, al contexto mapuche. Se cuestiona en términos jurídicos su eficacia en cuanto estrategia judicial respecto a beneficios más amplios que se buscan en el ámbito de la prisión política.

La tercera sección “Perspectivas ambientales del suicidio y alcances globales de autodestrucción” ayudará a contextualizar al lector en el actual periodo de la historia marcado por el mayor escenario de degradación ambiental y exterminio antropogénico que se haya registrado en la historia. La humanidad está en medio y avanza rumbo a una crisis biológica sin precedentes, una extinción en masa de especies, que si bien se la puede comparar, por un lado, con las tres últimas grandes extinciones del remoto pasado geológico, por otro lado, la actual se diferencia marcadamente de aquellas por tratarse de una extinción antropogénica, es decir, causada por el hombre mismo, pudiendo el propio *Homo sapiens* estar incluido en la mortífera lista de especies que desaparecerán.

Diego Rossello se aproxima a la problemática del suicidio desde el proceso de autodestrucción en el que está envuelto la especie humana por la crisis ambiental en curso. Cuestiona la relación entre el Antropoceno y una forma restringida de entender la dignidad del ser humano, según la cual, defensores recientes de la dignidad humana, en el ámbito de la filosofía, argumentan que los seres humanos ocupan el estatus supremo entre el resto de las especies. Sin embargo, críticos de esta postura sostienen que esta forma de entender la dignidad humana se debe a un sesgado supremacismo humano que no es independiente de lo que puede llegar a concebirse como un Tanatoceno. A su vez los efectos letales y devastadores del sobrecalentamiento global conducen la reflexión de Claudia Donoso, quien analiza no solo los efectos físicos del cambio climático antropogénico (que pueden manifestarse mediante olas de calor, sequías, inundaciones, etc.), sino también su incidencia en la salud mental de los afectados, ya sea por la mera representación o por la vivencia concreta de múltiples eventos climáticos extremos con las consecutivas circunstancias asociadas a esta crisis ambiental (situaciones de desplazamiento, pobreza, etc.). Así se menciona una amplia variedad conceptual de expresiones psíquicas derivadas de la experiencia o mera representación de tales adversidades, tales como el síndrome psicoterrático, la ecoansiedad, la ecoparálisis o la solastalgia, todas las cuales pueden desembocar en un suicidio perpetrado por causas ambientales.

En la línea de abordar el suicidio no solo desde perspectivas individuales, sino ambientales, más allá de la especie humana, este número incluye a su vez una nota crítica del libro de Carruthers, *Human and animal minds: The consciousness questions laid to rest*, donde Esteban Céspedes sondea la relevancia de complementar los análisis suicidológicos con el estudio de la consciencia no humana y la proyección del sufrimiento en otras mentes no humanas. Esto porque

acabar con la propia vida puede implicar pasar por estados de padecimiento tan profundos y en grados de consciencia fenoménica que pueden ser igual de indeterminables que aquellos casos tan complejos de indeterminación de consciencia fenoménica asociada a animales no humanos. Así la inclusión de la ética animal puede contribuir a sondear mejor la problemática del suicidio.

Finalmente, las secciones de artículos se cierran con “Una reflexión clínica” donde se patentiza con mayor evidencia otro de los tópicos de los grandes pesimistas que abordaron esta problemática y que le dieron más valor al conocimiento intuitivo, directo de la vida, que al mero conocimiento teórico o abstracto de las grandes problemáticas existenciales. Alejandro Gómez se vale tanto de la teoría cognitiva de la suicidalidad como la de Shneidman acerca del dolor psíquico para adentrarse en los casos concretos de dos pacientes en los que se aborda el suicidio en cuanto un proceso a través del cual se van desplegando ciertas tendencias autodestructivas generadas por una interacción constante de experiencias traumáticas del pasado que se van adosando a las nuevas.

El aumento de las tasas de suicidio, junto con ser una de las mayores causas de muerte entre los jóvenes y una de las que más ocurren por causas evitables, conlleva a que su prevención sea un máximo desafío para la salud pública. Sin embargo, esta tarea no es exclusiva responsabilidad de los profesionales del área de la salud, concierne a todo aquel que se hace cómplice de dinámicas que pueden terminar resultando dañinas para el resto. Aquí la esfera de responsabilidades se amplifica en todas las direcciones al formar parte cada uno con los propios hábitos personales de un modelo que ha terminado resultando destructivo para muchos, al punto de que la devastación de la naturaleza puede también ser una forma letal de autodestrucción que involucra al individuo y a la especie. Adentrarse a su vez mediante estos artículos –con ayuda de la filosofía y otras áreas de especialidad de los autores de este número temático tales como la sociología, psicología, psiquiatría, ciencias políticas o el derecho– no solo puede servir de apoyo en el camino de comprensión de un acto que muchas veces cuesta prever, prevenir y elucidar en todo su alcance, sino también contribuir a que esta problemática deje de ser una suerte de tabú y pase a considerarse en toda su relevancia como algo necesario de dialogar, comunicar y reflexionar tanto desde perspectivas individuales como ambientales.